

Sábado 11.05.13
EL CORREO

LECTURAS | TERRITORIOS | 7

Una familia china

La novela de Wenguang Huang demuestra que es posible hablar del totalitarismo y a la vez desternillarse de risa

■ J. ERNESTO AYALA-DIP

No hace mucho que recomendé, en estas mismas páginas, una novela policíaca

de un autor chino del que nunca había leído nada. Se trata de Qiu Xiaolong. La novela se titulaba 'La muerte de una heroína roja'. Me convertí a la causa de Xiaolong y no me pierdo ninguna novela suya. Lo escribí entonces: si se quiere evitar leer un tratado sesudo sobre China, entren en el mundo de Xiaolong y conocerán la China tal cual respira en sus calles y ciudades. Ahora me llega un libro de otro escritor chino. Este, de casi parecida



EL PEQUEÑO GUARDIA...

Autor: Wenguang Huang. Novela. Editorial: Libro del Asteroides. 210 págs. Barcelona 2013. Precio: 21,95 euros

biografía a la de Xiaolong, ha escrito una especie de autobiografía en la cual se retrata con envidiable claridad y pulso narrativo la vida de una familia china, desde la trágica Revolución cultural, hasta nuestros días. Se trata de 'El pequeño guardia rojo', de Wenguang Huang.

Huang vive actualmente en Estados Unidos. Trabaja como periodista y traductor (por ejemplo tradujo Shakespeare al chino). 'El pequeño guardia rojo' es un libro escrito desde la conciencia de haber vivido una vida digna de ser explicada como metáfora del choque entre tradición y ese cada vez más sospechoso concepto de progreso. Como ya sucedió cuando

reseñé la novela de Xiaolong, es imposible no referirse a la política totalitaria china (como la soviética) sin desternillarse de risa. Esta es una auténtica paradoja. Porque al lado de describir las condiciones casi infrahumanas en las que se vivía en dichos paraísos, siempre surge un elogio o consigna revolucionaria que te troncha de risa. Por ejemplo: cuando Mao suprime, en pleno apogeo de su Revolución cultural (en la cual murieron miles de personas, dicho sea de paso), los estudios universitarios y da razón de los porqués es cuando a uno le dan ganas de llorar y a la vez de explotar a carcajadas. Para el timonel del comunismo chi-

no, estudiar es entregarse al opio de la decadencia burguesa y alejarse de los más altos propósitos proletarios. Esta grotesca retórica es la que refleja en su libro Wenguang Huang. En esta misma estela no hace falta más que recordar cuando en Venezuela Chávez impuso el juguete bolivariano (sí, sí, tal cual suena) como antidoto a los juguetes norteamericanos que consumían los niños venezolanos.

Atienda el lector de este hermoso libro a la historia del ataúd para su abuela que Huang de pequeño tuvo que proteger de las autoridades chinas. Este relato es el hilo de todo el libro. Su alma y su carne.

Julio Llamazares o la novela poética

El autor leonés reflexiona sobre el sentido de la vida a través de las figuras de un padre y un hijo que miran al cielo de Ibiza

NOVELA

IÑAKI EZKERRA



LAS LÁGRIMAS DE SAN LORENZO

Autor: Julio Llamazares. Novela. Editorial: Alfaguara. 194 páginas. Madrid, 2013. Precio: 18 euros

Julio Llamazares ha sido siempre un poeta, incluso cuando se puso a escribir novelas. Su obra en verso se resume en dos títulos ya de por sí lo bastante significativos, que apelean al ritmo pausado, silencioso y enigmático de la Naturaleza, una constante en toda su trayectoria tanto poética como narrativa: 'La lentitud de los bueyes' y 'Memoria de la nieve'. Desde la publicación de 'Luna de lobos' en 1985, lo que ha plasmado en sus novelas es eso: una lentitud física, animal, natural que es también la del hombre que se para en medio de un paisaje; de joven para preguntarse por su destino; de maduro para entender el significado del pasado y de la propia existencia; para soñar y para recordar de una manera silenciosa —como la nieve al caer— que espera que la propia Na-

tural sea la que diga algo; le ofrezca alguna respuesta.

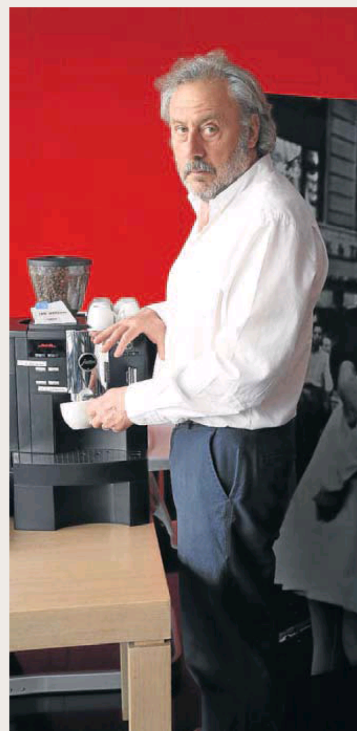
En 'Las lágrimas de San Lorenzo' se juntan esos dos hombres, el niño con la vida por delante y el adulto con una vida detrás de él, a través de las figuras de un padre y un hijo. El primero tiene doce años y el segundo se encuentra ya en esa edad que coquetea con la vejez. Ha vivido en diferentes lugares de Europa (Francia, Holanda, Rumanía, Eslovenia, Suecia, Portugal...) trabajando como lector de español y sin ningún ánimo de hacer una brillante carrera académica. Su infancia la pasó en Bilbao y de su memoria no se ha borrado la noche de verano en las tierras de León en la que su pa-

dre le llevó a contemplar el espectáculo de esa lluvia de meteoritos que da título al libro; que alcanza su máxima intensidad el 11 de agosto y que se relaciona con San Lorenzo tanto por la fecha del santoral (el 10 de agosto) como por la alegoría que la tradición popular busca entre la lluvia de fulgores celestes y las lágrimas que vertió el celebre mártir mientras era quemado en la parrilla. El protagonista y propietario de la voz que narra en primera persona a lo largo del texto no lleva a su hijo al paisaje leonés en el que vivían sus abuelos sino a un escenario que está lleno de connotaciones referentes a su propia vida; o sea a la Ibiza libertaria que conoció en su juventud y que supuso para él un cúmulo de experiencias vitales; a aquel paraíso donde era posible hacer el amor en una sala con una chica como si el resto de la Humanidad no existiera o como si se tratara de una Humanidad diferente y tolerante.

En el viaje que el protagonista emprende con su hijo tomando un ferry en Denia van aflorando los sentimientos que constituyeron todo el material intimista que da cuerpo al libro, des-

de el pudor que le aconseja no hacer alusión, ante el muchacho, a aquellas primeras experiencias amorosas de la vida, que fluyen por su mente de forma inevitable en el reencuentro con aquel paisaje, a las referencias familiares, a Marie, la madre del chico de la cual él se divorció, o a Pedro, el tío del cual el niño ha heredado el nombre y que desapareció para siempre en la Guerra Civil convirtiéndose en un recuerdo doloroso para la madre de nuestro hombre.

En 'Las lágrimas de San Lorenzo' van asomando historias personales y de la familia, pero lo importante de esta obra, más que los detalles argumentales, es ese pulso lento, poético y verdadero que se identifica con el contacto con el mundo natural, con las sensaciones de ilusión, temor o esperanza de la existencia que el padre y el hijo son capaces de intercambiarse pese a las distancias interiores que pueden separarlos. Lo importante es la manera en que Llamazares logra transmitir al lector emociones mediante la invocación de la costumbre de pedir algo que se desea en el momento en que se contemplan esa lluvia de estrellas o la tristeza inson-



Autor. Llamazares, en una visita a Bilbao. ■ LUIS ÁNGEL GÓMEZ

dable que asimismo contagia la conciencia de los deseos incumplidos; la melancolía que en el hombre adulto se va transformando en nostalgia, en amor a lo vivido y a lo sentido; enigma del tiempo que lo va borrando casi todo. Lo que transmite, en fin, esta novela de Llamazares es la inefable necesidad de no negar a los seres que hemos perdido; de hacerlos pervivir a través de

la experiencia de esa visión del cielo iluminado o poniéndole a un hijo el nombre de alguien que se ha ido; de renacer en la paternidad y de rebelarse contra la muerte o contra la negación del sentido. El lector va a encontrarse, en fin, con el Llamazares de siempre y con una excelente novela que no tiene nada que ver con las modas sino con lo esencial del ser humano.